

# Tiempo y muerte

Adrián Mesa Delgado



# Capítulo 1

Silencio. Doy vueltas en la cama, envuelto en la asfixiante oscuridad que invade mi habitación. Los pensamientos sobre la muerte atenazan mi mente. ¿Qué ocurre cuando la vida te abandona? ¿Adónde vas? ¿Vas acaso a algún sitio? ¿Qué sientes al estar muerto? ¿Sientes algo? ¿Sientes la nada? ¿Qué es la nada? Empiezo a llorar desconsolado ante la infinita ignorancia que los humanos atesoramos sobre la muerte. No me da miedo morir, me aterra no saber, y aún más el hecho de que algún día lo descubriré cuando no deseo descubrirlo, pues para experimentar el fin de la vida, es sustancial vivir la muerte.

¿Hay alguna manera de vencer a la muerte? No, miles de años de investigación científica no han descifrado los enigmas del más allá. No puede lograrlo un niño asustado que llora en su cama. De repente, escucho un crujido, mi ventana se ha abierto, dando paso a una densa niebla que llena la estancia con una caricia humedad, nublando mi visión. Ya no estoy en mi cuarto, me encuentro en la nada misma.

Ante mí, aparece un viejo encorvado de arrugas profundas y rostro severo, viste un traje negro y una gabardina de la misma tonalidad de pesadilla, sobre su cabeza reposa un sombrero oscuro; tras él hay un artefacto que le saca tres cabezas, con un gran reloj de agujas de oro en el centro, otros relojes más pequeños con agujas de plata coronan su cúspide; en el centro de cada reloj reside un engranaje que mueve las agujas produciendo un ruido seco y rítmico. Tac...tac...tac...tac. Lento y, sin embargo, incesante.

El viejo se dirige a mí, apuntándome con su bastón de ébano. Habla con voz ronca sin mover los labios, pero sus palabras hacen eco en mi interior:

El tiempo todo lo consume; las poderosas llamas, las más imbatibles montañas, las bellas flores, y las majestuosas y podridas civilizaciones; y la vida, sí, también la vida es consumida por el tiempo. La muerte no es más que el cúmulo del tiempo.

No paro de temblar, mis ojos se clavan en el reloj que continúa su infatigable recorrido. Lento y, sin embargo, incesante, consumiéndolo todo, reduciéndolo todo a la nada. Entonces, retiro los engranajes, necesito toda la fuerza de mi ser para llevar a cabo tal empresa. Mis brazos quedan entumecidos, pero los engranajes caen uno por uno, lo que hace que la niebla y el viejo desaparezcan.

Vuelvo a mi habitación, donde el sol se cuele por mi ventana. Solo era un sueño. Al mirar el móvil, me doy cuenta de que los minutos no avanzan. ¿He vencido al tiempo? ¿He vencido a la muerte? Así que voy al cuarto de

mis padres, los encuentro aún en la cama, algo extraño porque siempre se despiertan antes que yo. Ambos están acostados, con los ojos abiertos observando el techo, inmóviles. Sus cuerpos transmiten calor, pero no se mueven, la rigidez los domina. Los zarandeo en busca de una respuesta que no son capaces de dar. Compruebo si sus corazones se han parado, los latidos resuenan con calma en el interior de sus pechos.

Desesperado salgo a la calle, donde veo personas paralizadas como maniquíes. Hago aspavientos delante de ellos, les toco y les zarandeo, pero no obtengo nada. Pego mi oído a sus pechos para comprobar, efectivamente, que sus corazones también siguen latiendo. Están vivos, pero, ¿puedo llamar 'vida' a ese estado? He detenido el tiempo y, al mismo tiempo, he detenido la vida. En mi empeño por vencer a la muerte, he creado un mundo sin vida, sin tiempo.

El viejo ya no está, ni su reloj. Lo llamé a gritos para que la niebla acuda a mí de nuevo. Nadie contesta, ni siquiera el viento, que me castiga con un silencio atroz. No puedo llamar vida a un mundo donde la vida se parece tanto a la muerte. Solo queda llorar desesperanzado hasta que el viejo sienta un atisbo de piedad hacia mí, un niño maldito por el miedo al cúmulo del tiempo.